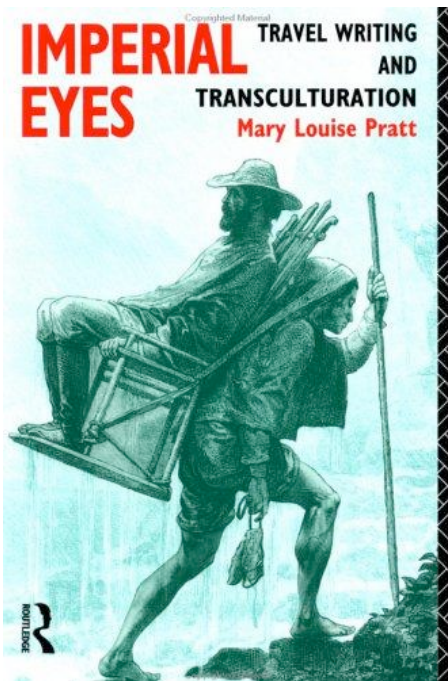


## Memorialistas & Viajeros

### Mary Louise Pratt: *Ojos Imperiales*

*Bartolomé Leal, desde Santiago*

*La visión imperial* podría traducirse el título de este libro, uno de los más destacados e influyentes análisis que se han escrito sobre los libros de viajes. Lleva un subtítulo significativo: “Literatura de viajes y transculturación”. Publicado en 1992, ha sido reeditado en 2008 (con nuevos materiales), algo poco común para textos de esta naturaleza. Analiza dos siglos y medio de literatura de viajes: primero de 1750-1800, etapa que la autora llama de “la ciencia y el sentimiento”, cuando el mundo (reducido a Europa) adquiere conciencia de su carácter planetario y descubre no sólo formas nuevas de vida, sino formas distintas de expresión del eros, sobre todo en África y el Caribe. Luego, de 1800-1850, cuando se entra en la etapa de “la reinención” de América, tarea donde descolla el científico Humboldt y se inician los viajes de negocios y el turismo de las clases adineradas, sin dejar de lado la aparición de lo criollo como una categoría inédita, resultado de las guerras por la independencia. Y por último, la etapa de “la estilística imperial”, que se extiende desde la segunda mitad del siglo XIX, hasta la actualidad, con algunos cambios formales y una readecuación del imaginario imperialista. Hacia el final, Pratt estudia el neocolonialismo de hoy, caracterizado por la modernidad, la movilidad y la globalización.



El libro trata de ser a la vez el estudio de un género literario y una crítica de la ideología que lo sustenta. Su tema central es demostrar cómo, a través de los libros de viajes escritos por europeos acerca del mundo no-europeo creado por el orden imperial, se traslada ese orden a nivel del “hogar”. Dice la autora: “La literatura de viajes hizo comprensible y deseable la expansión imperial para los ciudadanos de los países imperialistas, aún cuando

los beneficios materiales del imperio llegaran sólo a unos pocos”. Se crea así una sensación de propiedad, de derecho adquirido, de familiaridad con respecto a esos lugares remotos que estaban siendo explorados, invadidos y colonizados. Los libros de viajes se hicieron sumamente populares y crearon también, según Pratt, “una sensación de curiosidad, de excitación, de aventura, e incluso un fervor moral respecto del expansionismo europeo”.

Hay un punto metodológico que corresponde anotar. La autora asume que “las transiciones históricas importantes alteran la manera en que la gente escribe, porque aquéllas transforman las experiencias y la forma en que la gente imagina, siente y piensa acerca del mundo en que vive”. Consecuentemente, se ocupa de la interacción entre la escritura sobre viajes y la historia natural influida por la filosofía de las “luces”, lo que produce una visión eurocéntrica ampliada a una suerte de conciencia mundial. Si se agrega lo sentimental, la literatura de viajes va entonces más allá de la tradición de la literatura de supervivencia (tipo *Robinson Crusoe*) o la autobiografía aventurera, para hacerse más cercana a la realidad que describe. Tampoco es desdeñable, según Pratt “el feminismo temprano del siglo XIX”, que hace a muchas mujeres expresarse en el género, enriqueciéndolo. Las llama “exploradoras sociales”. Si avanzamos adelante, en la primera mitad del siglo XX la literatura de viajes europea ayuda a formar una narrativa criolla impregnada de la ideología imperial. Más tarde, desde los años 60, el libro de viajes se contamina con la propaganda turística, por un lado; y el registro objetivo de testimonios, por otro.

Mary Louise Pratt relata en la introducción dos casos paradigmáticos: el primero es la de un canadiense que ella conoció en una zona rural, el cual era descendiente del famoso Dr. David Livingstone, el misionero inglés explorador en África. El hombre poseía una carta de su tío que conservaba como un tesoro. El segundo se refiere al descubrimiento, a inicios del siglo XX, del manuscrito de 1.200 páginas de la *Nueva crónica y buen gobierno* (1615) de Felipe Guamán Poma de Ayala, olvidado en los Archivos Reales de Dinamarca, en Copenhague. A primera vista, no hay mayor relación entre estos casos, pero según Pratt son dos formas de expresión de la amplitud de la visión imperial, y de cómo ésta crea significados distintos en las sociedades intervenidas. En el primer caso vía una relación afectiva con un personaje clave de la penetración imperial; en el segundo con un cronista que propone una reescritura minuciosa de la historia del mundo incaico, para adaptarlo a la visión del conquistador. Tal enfoque evoluciona hasta el momento en que se producen los procesos de liberación en América, cuando los criollos construyen su propia ideología, a menudo espejo de la visión imperial, en un modo que la autora califica de dialéctico, con idas y vueltas, estructurado de manera desigual. Las percepciones desde el otro lado, lo que el historiador mexicano Miguel León-Portilla llamó la *Visión de los vencidos*, no se hallan tan desarrolladas en el libro en comento, cabe señalar.

Pero se toca el tema, y aquí viene un aspecto central en el trabajo de la señora Pratt. Se trata del concepto de “transculturación,” tomado en préstamo de la etnografía, que le sirve para demostrar que en cierta manera las culturas metropolitanas fueron a la vez transformadas por las imágenes y valores provenientes de las colonias. Esto fue en su momento en contra de la corriente dominante en la crítica literaria del género, al establecer un direccionamiento no sólo desde el centro hacia la periferia sino desde la periferia hacia el centro... Sin embargo, se ha reconocido que permitió una mirada diferente en la medida que ayudó a identificar también expresiones de la resistencia contra la dominación ideológica imperial, a

la vez que entender mejor la naturaleza del propio discurso imperial. Por ejemplo, lo que ella llama la “anti-conquista”, una visión que predominaba entre los científicos y naturalistas que visitaron América y África en los siglos XVIII y XIX, y que dejaron escrita su negativa a suscribir la dominación imperialista, sin que por ello hubieran dejado de ser una parte componente del fenómeno, sobre todo por su influyente autoridad intelectual sobre los lectores. Es el caso de Humboldt, precisamente.

Me refería antes al hecho que estoy reseñando una segunda edición ampliada del libro, a quince años de su aparición. Esto se debe a la influencia que ha tenido en la crítica de la literatura de viajes, un género bastante menos inocente, bastante menos liviano, bastante menos neutral de lo que imaginamos, porque lleva escondido en sí, como el huevo de la serpiente en el nido de un ave (la “zona de contacto” que llama Pratt), el intercambio entre civilizaciones, algunas poderosas y otras débiles, con los resultados que cada cual puede interpretar si tiene la oportunidad de liberarse del afán a veces neurótico por hacer turismo (para quemar circulante decía un amigo), en lugar de transfigurar viaje en oportunidad.

De tanto en tanto es bueno moverse de la poltrona, alejarse de las pantallas y mirar el mundo real. Esto es coherente con la frase de un famoso beisbolista, célebre por sus extravagantes dichos, que hace de epígrafe al libro de Mary Louise Pratt. La dejo en inglés para que no pierda su sutileza: “*You can observe a lot just by watching*” (Yogi Berra).